

Introducción

Analizando obras de arte de diferentes épocas, podremos apreciar cómo el arte cambia, cómo evoluciona, siendo este hecho evidente y, desde un punto de vista objetivo, poco discutible. Las obras varían física y conceptualmente: varían las técnicas, las tendencias, los estilos, y varía su aceptación. Desde las pinturas rupestres hasta las obras de arte actuales, el cambio es notable.

Podemos disfrutar únicamente con la riqueza y variedad del legado histórico-artístico, pero cabe cuestionarse el porqué de esa variedad, el porqué de su evolución. En relación con este asunto, las preguntas se diversifican: ¿es realmente necesaria la evolución?, ¿hay momentos propicios?, ¿el arte supone en algunos casos una reacción?...



Fig. 1: Fotomontaje [Fotograma de 2001: Una odisea en el espacio (S. Kubrick) / Peine del viento (E. Chillida)]

* Alicia Cabrera es arquitecta. Melquiades Cutanda es arquitecto y profesor de Dibujo del IES Francisco Ribalta.

Ribalta. Quaderns d'aplicació didàctica i investigació, núm. 15 (juny 2009), ps. 157-162.
© IES Francesc Ribalta · Castelló de la Plana · ISBN: 978-84-692-2654-4
<http://www.iesribalta.net/revista>

Sin embargo, intentar dar respuesta a cambios, más o menos profundos, producidos durante siglos en la historia del arte, es una tarea de gran complejidad que haría necesario otro tipo de investigación. La solución no es sencilla, y prueba de ello son las diferentes escuelas, o disciplinas, que han abordado el asunto: el formalismo, el positivismo, la sociología del arte, el psicoanálisis, la semiología del arte... Todas ellas dan su parecer y generan un cúmulo de teorías -en ocasiones complementarias, en ocasiones contradictorias-, sin que ninguna de ellas ofrezca una solución única comúnmente aceptada. Este artículo pretende centrar la atención en esta evolución del arte para promover la reflexión y el debate.

1. Evolución arte-técnica-intelecto

En cualquier momento histórico las posibilidades de la obra artística están en relación directa con las limitaciones técnicas, o con los conocimientos y habilidades del propio autor. El artista crea con el material del que dispone, o del que puede disponer, debido al carácter físico del que dependen las obras plásticas. De modo que la tecnología, aplicada al resultado artístico, es un aspecto primordial en su resultado, y en su evolución. Por lo tanto, un descubrimiento técnico aplicado al proceso artístico puede tener consecuencias de gran importancia en el resultado final. Sin embargo, sería excesivamente sencillo concluir que son únicamente las posibilidades técnicas y materiales quienes marcan la evolución de las obras, ya que la obra de arte es el resultado material de un proceso intelectual.

Parece comúnmente aceptado que, hasta el final de la Edad Media, la labor intelectual no era prioritaria. Los talleres se caracterizaban, en líneas generales, por ser meros transmisores de un conocimiento relacionado con las técnicas que permitían responder ante un encargo. Sin embargo, esto no es totalmente cierto, ya que no se corresponde con la evidente evolución que se produce dentro de un estilo o de un período de tiempo, así como con los procesos de ruptura que han marcado la historia.

Libros como el tratado *De Architectura* de Vitrubio, del s. I a.C., confirman la importancia del proceso intelectual ya en época clásica. Sin embargo, la escasez de documentos escritos conservados, y el filtrado producido a lo largo de la historia de las obras que podemos estudiar, apoyan la idea general, en esta época, del artista entendido como artesano, que trabaja de forma metódica como mero continuador de una profesión.

Es a partir del Renacimiento cuando se relaciona directamente el trabajo del taller con un trabajo intelectual. Los artistas renacentistas, ya reconocidos socialmente, darán constancia de sus conocimientos a través de tratados, en los que se hará evidente que el arte tiene principios teóricos que priman sobre la pura técnica. Y serán estos principios quienes asuman un papel primordial en la evolución del arte, encumbrando a aquellos artistas que aportaban un nuevo enfoque, una nueva interpretación o una nueva solución al universo del arte, generalmente combinada con una gran habilidad en su ejecución.

Los estímulos que permitan esta evolución serán diversos. Entre otros, podemos citar: la intuición personal, el afán de superación y la competitividad, la imaginación, el conocimiento de otras culturas o la apatía que puede generar lo repetitivo. En este sentido, el psicoanálisis justificará el arte como evasión, como

salida ante el sufrimiento, como materialización de deseos no cumplidos... o como muestra de un narcisismo exagerado.

Volviendo al valor intelectual, éste asumirá mayor protagonismo con la aparición de la fotografía. Cuando la mera calidad en la representación pictórica no pueda competir con la perfecta imagen obtenida por el daguerrotipo, el artista deberá descubrir y aportar «algo más», y será esta búsqueda, casi obligada, la que, a finales del s. XIX, hará diversificar las líneas de trabajo en uno de los periodos más creativos e interesantes de la Historia del Arte. Nuevas ideas, como la nueva interpretación de las, hasta entonces, rígidas leyes de la perspectiva, de la proporción, de la belleza, la incorporación de nuevos materiales, o un nuevo uso del color, conducirán a resultados nunca vistos hasta el momento.

Sin embargo, en ocasiones, este aspecto intelectual ha sido aprovechado por aquellos para los que «todo vale», conduciendo a una banalización del arte. Es cierto que la novedad supone un esfuerzo adicional frente a la simple continuidad. Pero, por otra parte, el protagonismo cobrado por esta novedad como valor en sí mismo, ha desplazado, de alguna manera, a la aptitud, la habilidad, la técnica, y la disciplina a un segundo plano en las artes. Y aunque si bien no constituyen arte en sí mismas, estas cualidades contribuyen y son parte importante del proceso y del desarrollo del arte en general.

2. Evolución arte-sociedad

¿Hasta qué punto es necesaria la aceptación social de una obra? La relación entre la obra y el espectador genera una comunicación que deriva en aceptación, indiferencia, o rechazo. La figura del artista bohemio que trabaja para sí mismo, independientemente del reconocimiento social, es un aspecto recurrente en la Historia del Arte. Sin embargo, cabe preguntarse si la obra de arte existiría sin espectadores que la valorasen, ya que ésta tiene que ver con las sensaciones que produce, y son estas sensaciones las que permiten diferenciar un mero objeto de una obra artística. De cualquier modo, siempre existe aceptación de la obra: la aceptación del propio autor. El artista es el primer cliente, el primer espectador, aquel que, en ocasiones, es capaz de ver más allá.

En relación con este aspecto, hay obras de arte que se adelantan a su tiempo, ya que la evolución entre arte y sociedad no siempre se produce en paralelo y con ritmo constante. Por todos es conocida alguna obra no aceptada socialmente en su momento, pero que más adelante adquiere primordial importancia. ¿Cuántas obras han sido despreciadas, dañadas de forma consciente, e incluso destruidas? ¿Cuántos autores de escaso reconocimiento en vida han tenido una tremenda repercusión póstuma? Este aspecto es interesante, y nos permite llegar a una conclusión: en estos casos, las obras -evidentemente- no han variado, la evolución se ha producido en la lectura que de ellas realiza la sociedad. El arte que supone un punto de inflexión o un avance, en ocasiones no es debidamente valorado. Precisa de un punto de vista más global que sólo unos pocos poseen y para el que suele ser primordial el factor tiempo, y el desarrollo de una percepción que permita leer todos los aspectos y matices que la obra aporta. Un mismo significante puede tener diferentes significados, que no siempre son sencillos de apreciar.

Pero el papel de la sociedad no siempre es pasivo. En muchas ocasiones es la propia sociedad la que, de manera más o menos directa, influye en la obra de forma notable, bien como limitadora, bien como catalizador. El análisis de esta influencia es de gran complejidad por la gran cantidad de variables políticas, económicas, religiosas, etc., relacionadas con la obra de arte, y es por tanto, susceptible de un estudio particular ante cada caso concreto. Por citar un ejemplo, si nos centramos en el surgimiento del arte visigodo, cabe apreciar cómo confluyen diversos factores: la caída del potencial económico del Imperio Romano, que supone la desaparición de los talleres, y de sus conocimientos, por falta de demanda; el asentamiento de una sociedad sin gran habilidad artístico-técnica, algo poco útil para un pueblo hasta ese momento nómada; y, por otro lado, el rechazo que impone el cristianismo a todo lo relacionado con el Imperio Romano, principios artísticos incluidos.

Por tanto, el artista se deberá adaptar a las situaciones y a los deseos y necesidades del cliente, cuyo papel también es importante. Papel que además varía a lo largo de la historia. En muchos casos el cliente será el *Estado* por su afán de exhibir poder; en otros la *Iglesia*, que aprovechará la elevación del espíritu, que el arte genera, para predisponer a los fieles al culto; en ocasiones el cliente será un *Individuo*, destacando la figura clásica del *mecenas*, culto y protector de las artes. Todos ellos contribuirán, disfrutarán y promocionarán la realización de obras de arte, apoyando -en muchas ocasiones- el arte de ruptura con un fin propagandístico. El cliente toma parte pues, de forma más o menos determinante, en el resultado y en la propia evolución del arte. Sin embargo, hoy en día estas figuras parecen desvirtuadas y se han afianzado otros agentes, como el «coleccionista», quien parece más interesado en la acumulación de piezas, o el «galerista», sumido en el proceso especulativo de descubrimiento, e incluso de *encumbramiento*, de nuevas figuras.

De cualquier modo, podría entenderse el arte como un indicador de los grandes cambios que se producen en la sociedad, como un marcador de la propia vida, que nos desvela las claves de cada momento histórico.

Conclusión

Estos aspectos técnicos, personales, o sociales envuelven e influyen en el arte y en su evolución, aunque por otro lado, la esencia del arte, es decir, su capacidad emotiva, se mantiene constante en todas las épocas.

Llegados a este punto, cabe cuestionarnos si un artista tiene por completo la autoría de una obra, ya que nadie crea desde la nada. De forma más o menos consciente, hemos de reconocer que el artista está influido por modelos previos, prejuicios, y condicionantes que residen en el entorno y en la memoria. De hecho, cualquier autor actual hubiera realizado un arte diferente en otra época distinta a la que le tocó vivir. Todo ello unido a la educación recibida, las experiencias vividas y la propia personalidad formada, permiten replantearse si es correcto el excesivo protagonismo que solemos conceder a figuras particulares del mundo del arte, maximizando sus éxitos y personificando la evolución y ruptura. En ciertos casos esto es debido a un afán simplificador o ejemplificador ante una etapa determinada de la historia del arte.



Fig. 2: Fotomontaje [Fotograma de El planeta de los simios (F. J. Schaffner) / Peine del viento (E. Chillida)]

Si pensamos en el momento actual, no es extraño sentir curiosidad frente a la futura evolución del arte. Cabe preguntarse, incluso, si es posible todavía la evolución, o si se hace necesaria una relectura de ideas pasadas, como ha ocurrido tantas veces en la antigüedad.

Hay autores que hablan de una crisis del arte, pero, a falta de criterios que aporten objetividad al terreno de este arte actual, hay que reconocer que nuestra época es óptima en cuanto al acceso a la información, a la capacidad técnica y a la libertad expresiva. Esto conduce a una mayor complejidad y a una diversidad de resultados difícilmente posible en épocas precedentes. Sin embargo, si desde nuestro punto de vista actual nos parece que la sociedad de principios del siglo XIX estaba acotada, influida por imposiciones académicas -en comparación con la liberación que aparece a finales del mismo siglo-, ¿qué puede estar ocurriendo a día de hoy, con un influjo mediático como al que estamos sometidos?

Es lícito pensar que, en nuestros días, podemos también estar condicionados y limitados de alguna manera, como a principios del s. XIX. La publicidad, el marketing, los medios de comunicación... o el propio arte, influyen de forma más o menos malintencionada en nuestros gustos, limitándolos y dirigiéndolos. La prueba está en que las tendencias se imponen, en muchos casos, sin ningún razonamiento lógico y son asumidas por artistas y público, dictando de forma descarada o sutil, qué es lo adecuado. Reflexionar ante nuevas formas de expresión artística es una tarea difícil al estar inmerso en esta influencia, pero hay que recordar que el arte depende de nuestra propia sensibilidad, ya sea como artistas o como espectadores, y esta sensibilidad es moldeable. Debemos intentar conocerla, reforzarla, adaptarla y defenderla, no de una manera tajante, sino abierta en su percepción. Pese a que la frase «*todo está inventado*» es recurrente, el arte continuará evolucionando mientras espíritus libres y atentos descubran nuevos caminos.

Bibliografía

- Barach, M (1991): *Teorías del arte de Platón a Winckelmann*, Madrid, Alianza.
- Bauer, H (1980): *Historiografía del arte. Introducción crítica al estudio de la Historia del Arte*, Madrid, Taurus.
- Borras Gualis, G. M. (1996): *Teoría del Arte I. Las obras de arte*, Madrid, Historia 16.
- Bozal, V. (ed.) (1996): *Historia de las ideas estéticas y de las teorías artísticas contemporáneas*, Madrid, Visor.
- Fernandez Arenas, J. (1982): *Teoría y metodología de la historia del arte*, Barcelona, Anthropos.
- Kultermann, U. (1996): *Historia de la historia del arte. El camino de una ciencia*. Madrid, Akal.
- Marias, F. (1996): *Teoría del Arte II*, Historia 16, Madrid.
- Ocampo, E. y M. Peran (1991): *Teorías del arte*, Barcelona, Icaria.
- Podro, M. (2001): *Los historiadores del arte críticos*, Madrid, Visor.
- Venturi, L (1979): *Historia de la crítica de arte*, Barcelona, Gustavo Gili.
- Panovsky, E. (1972): *El significado en las artes visuales*, Madrid, Alianza.
- Tatarkiewicz, W. (1986): *Historia de Seis Ideas*, Madrid, Tecnos.
- Hume, D. (1989): *La Norma del Gusto y Otros Ensayos*, Barcelona, Península.